

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Itzel Bruno
gii.oo.b@hotmail.com

“Divagaciones sobre el andar”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 61, julio-septiembre de 2022, pp. 69-73.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

DIVAGACIONES sobre el andar

Itzel Bruno

Existe sobre la tierra un gran privilegio al que, por un lado, muchos renuncian, y que, por otro, pocos aprovechan hasta terminar cansados: caminar. Hace no mucho, yo caminaba al trabajo y recorría varios kilómetros diarios, entre lluvia, neblina, sol y tráfico. El trayecto que recorría era para mi mente lo que mis piernas para mi cuerpo: un motor que me mantenía haciendo conexiones, trazando rutas –literal y figuradamente–, haciendo asociaciones.

Si bien caminar bajo las anteriores circunstancias no supone un logro maratónico, el aislamiento que vendría en 2020 marcó una gran diferencia para todos en el mundo, acostumbrados a no parar nunca. Fuese poco o mucho lo andado antes, hicimos un alto total. Se desdibujaron millones de trayectos, recorridos y movimientos en las calles y en lugares concurridos, y el arte, la cosa pública y toda invocación colectiva se vieron también reclusos.

Saltó a la vista un fenómeno social: a pesar de tener ese alto que la humanidad tanto necesitaba de la rutina, rápidamente vino otro reemplazo a las mareas urbanas, a la existencia en el espacio público: las redes sociales repuntaron y el hogar se volvió un foro que invitaba al ocio y a la risa fácil. Fue otro modo de congregación. Además, el instante se volvió lo imprescindible, al grado de que los momentos íntimos comenzaron como nunca a adquirir un carácter público inusitado.

Luego, a inicios de 2021, después de casi un año trabajando en *home office*, fui diplomáticamente “invitada” a crearme una cuenta de TikTok y a usar Instagram todos los días para revisar tendencias y así redactar notas sobre *belleza y moda* para el sitio en el que traba-

jaba. Por ejemplo, escribí sobre una *influencer* que se remarcaba las ojeras en lugar de disimularlas; sobre los *looks* monocromáticos que se vieron en la toma de posesión de Joe Biden y Kamala Harris y de quiénes serían las sucesoras *con estilo* en la Casa Blanca. Con cada nota me asombraba de asistir a un espectáculo imparables y cada vez más común: el de lo fugaz y vacuo, que desestabilizó los conceptos que usaba para *ver* el mundo; entre ellos, los de virtualidad, belleza, arte, cultura y medios de información. En especial, de cómo están al servicio de las agendas políticas según la temporalidad, y cómo ahora el arte es cualquier cosa o cualquier cosa es llamada arte.

Beatriz Sarlo, en su estudio sobre el tiempo pasado y el giro subjetivo desde distintas esferas, entre otros elementos culturales, dice que en el siglo xx:

la historia social y cultural desplazó su estudio hacia los márgenes de las sociedades modernas, modificando la noción de sujeto y la jerarquía de los hechos, destacando los pormenores cotidianos en una poética del detalle y lo concreto [...] (2005, 12). El pasado vuelve como un cua-

dro de costumbres donde se valoran los detalles, las originalidades, la excepción a la norma, las curiosidades que ya no se encuentran en el presente (2005, 19).

Y añade que

la vida doméstica, la organización de la casa obrera y popular, las vacaciones, la administración del gasto en condiciones de relativa escasez, las diversiones familiares [...] tocan no solo a los estudios culturales sino también a las reconstrucciones del pasado (20).¹

Ella publica estas líneas en 2005, cuando aún no veían su auge las redes sociales, y lo hace bajo el contexto de acontecimientos sociopolíticos muy graves como dictaduras y guerras, poniendo en el centro la enunciación por parte de sujetos con características específicas: son marginados, han vivido acontecimientos traumáticos y su voz y denuncia se encuentran en un proceso de validación a través del testimonio y del discurso de la memoria, ambos actos subjetivos, que han logrado insertarse en la academia.

Pero 17 años después, gracias a la tecnología y a un cambio de paradigmas sobre el individuo,

su memoria y su registro, tal poética del detalle y lo concreto logra coexistir al lado del instante, la inmediatez como modo de vida y ya no más del recuerdo. Es decir: hoy parte de la historia de la cultura tiene su foco en la individuación que comienza en el siglo xx gracias a un sistema que aísla pero, al mismo tiempo, expone los detalles de la vida. No es extraño, entonces, que las cuentas y los perfiles se ofrezcan gratis en todos los sitios y cada nombre sea ahora incluso una marca; que haya una apropiación y existamos a través de cada red: *mi* Instagram, *mi* canal, *mi* página...

¿Cuántos videos banales se han subido a la red invitándonos a *permanecer* en momentos únicos e irrepetibles para quien los registra, mientras los demás perdemos los propios por verlos? Entramos como espectadores de una nueva película llamada *realidad* a través de videos, *reels*, historias, con muchas dosis de entretenimiento. Y muchos momentos se producen, sin más, en el hogar, la tienda, el súper, en intimidad. Somos parte de un gran espectáculo; a veces pareciera que nos aproximamos a un planteamiento tan parecido al de *Truman Show*, donde para el protagonista se difumina la línea entre lo genuino y lo que está servido para una audiencia que busca eso, *show*. Vivimos viendo las películas de otros. El impulso que tomó la representación de circunstancias comunes en la vida íntima a consecuencia de la pandemia se dio gracias a una expresión del costumbrismo, al cual, irónicamente, no estábamos acostumbrados, y por eso ha significado un cambio tan impactante para la humanidad.

Entre lo propuesto por Sarlo y los tiempos de hoy está la gran diferencia de que el internet logra que cohabiten diferentes clases sociales e ideologías en un mis-

mo espacio virtual, donde casi todos tienen libertad de expresarse e incluso la posibilidad de llegar a ser figuras de autoridad, pero también de escarnio. Se volvió una gran ciudad intangible donde descansan identidades, individualidades, conceptos, narrativas y se cuelgan chismes como en los tenderos. Ha reemplazado al movimiento físico, y el acto subversivo que a veces logró el caminar, como apropiarse de las calles de manera política, ahora es la navegación de los internautas, quienes deben aceptar la censura en ocasiones en “pro” de nuestra era políticamente correcta.

|| Durante la pandemia, mientras muchos tuvieron descanso, otros llenaron vacíos trabajando hasta tarde. Pero Tiktok e Instagram seguían ahí. Millones de fotos se subían a diario porque, ante un evento tan grande, histórico, que nos hacía distantes, no se podía dejar de existir ni de contar la experiencia en primera fila. La ausencia no es una opción para la humanidad. Díganos que no podemos hacer una cosa y encontraremos el camino para hacerla hasta sus últimas consecuencias.

Por supuesto, el internet y la digitalidad son la nueva *multitud*. Esa multitud en la que hombres y mujeres, ya no solo rondando los 60 años, como el personaje mal encarado del cuento de Edgar Allan Poe, sino de cualquier edad, encuentran su fuente y su elixir de vitalidad, mientras que cuando no la tienen se les dibuja en la cara, como a este extraño, “algo más intenso incluso que la desesperación” (1840, 79).² Nuestro narrador dice de él: “como de costumbre, anduvo de acá para allá y en todo el día no salió del tumulto de aquella calle” (80). Hombres y mujeres modernos,





así vagamos hoy todo el día en la ciudad virtual.

“El hombre de la multitud” –con disfraz de cuento pero con esencia de crónica– tiene vigencia hoy en tanto que, sea el Londres del XIX o el de 2022, estamos condenados a la necesidad de reafirmar una identidad a través de cualquier método porque, de lo contrario, somos uno más; condenados al impulso de estar rodeados de personas, de ser vistos y escuchados, de existir a través del otro.

“Su pasión y su profesión es fundirse con la multitud”, dice Baudelaire de un pintor a quien compara con este personaje misterioso sin nombre, y si bien él habla en sentido figurado, la *pasión de existir* en este mundo moderno y registrarlo en el ciberespacio ya se ha vuelto, literalmente, una profesión. El hombre moderno gana dinero a través de las redes sociales, de su imagen y de compartir contenido, no para aportar algo valioso sino para *no dejar* de aportar, aunque sea algo que ya hicieron otras 20 personas de la misma manera. El hombre de la multitud que le parece tan interesante a nuestro narrador destaca por descomponerse ante la soledad a un grado enfermizo; ve su propia tranquilidad amenazada en los puntos urbanos desolados y apagados, como si en ello se le fuera la vida. ¿No estamos hoy de la misma manera? Acompañados pero solos en ese desfile de fotos, memes, videos y publicaciones de la vida privada.

Ahora la existencia sucede por apropiación de ese otro espacio público –en riesgo, también, de sufrir una falta de democratización–. Y así también navegamos en ese mar, y lo que antes el hombre llamaba Destino hoy se llama Algoritmo, una deriva que nos lleva a través de caminos con otros paseantes igual de perdidos.

< Enebro

III

Este devenir nos lleva hacia algo llamado arte, que se ha encontrado muy ligado a la contemplación, para lo que hoy francamente no hay tiempo. Partamos de un supuesto que no pretende ser científicamente acertado sino un divertimento: si nuestra forma de *vivir*, de *existir*, y de *estar* ha cambiado gracias a las relaciones laborales, entre otras cosas (la *productividad* se ha vuelto la palabra favorita de los últimos años; reduciéndolo, Paul Lafargue en *El derecho a la pereza* defiende que en realidad el trabajo, y no el ocio, es la madre de todos los vicios), sería consistente suponer que hoy la contemplación es un lujo y la observación detallada, una nimiedad. Ese alto total representó para muchos un descanso, que en algún momento debía acabarse, porque menos productividad = crisis. Caminar, perderse, hacer arte y contemplar son actividades que requieren tiempo.

Esto lo sabían los dadaístas, surrealistas, letristas y situacionistas quienes, entre sus propuestas, le dieron a la exploración de la ciudad mediante el caminar el estatuto de arte, de *readymade* inmaterial. ¿Imaginarían, al hacer sus recorridos, deambulaciones y derivas, que 100 años después caminar detenidamente también sería un acto transgresor? ¿Imaginarían que 100 años después la medicina occidental afirmaría que el exceso de trabajo sin descanso es perjudicial, luego de que, en aras del progreso, décadas anteriores se afirmara que el hombre debe mantenerse ocupado para no caer en la locura?, ¿que el pensamiento oriental llegaría como *boomerang* para enseñarnos cómo aplacar la mente ante tanta *multitud*?

IV

Un día, al salir de clases, caminaba muy lentamente en mi trayecto. Una maestra con quien me crucé me dijo: “se nota que no tienes ganas de llegar a tu casa”. Pero yo no iba a mi casa. Iba en dirección contraria, no recuerdo a dónde. En ese tiempo comenzaba a explorar la ciudad en solitario y, en consecuencia, iniciaba mi diálogo interno. Llegó el descubrimiento, primero, de sentirme en desamparo ante otros que se desplazaban por el espacio igual que yo, con su propio cuerpo y voluntad, a moverse para cumplir con un destino; luego, averiguar que podía perderme no solo en la ciudad sino también en mis pensamientos, lejos de la música y del ruido de la televisión a todo volumen en casa que, deliberadamente, alguien más decidía poner. Y ahí estaba, en mi propio lugar. Veía mi andar, la calle, los paisajes. Las grietas en el cemento, los árboles, la basura, los charcos. Y entre ese descubrimiento, noté que comenzaba a existir también para la mirada masculina. Entendí que no todos los transeúntes somos iguales y que para las mujeres es todo un logro pasar desapercibidas. Comencé a sortear los peligros de la “modernidad” y de la naturaleza humana (en mi caso, ambas tercermundistas). Sin saberlo, estaba siguiendo los pasos perdidos de otros caminantes.

Los vanguardistas franceses, al abordar este acto natural del ser humano desde su relación con la espacialidad y el intelecto, jugaron un papel importante para la historia del arte, llevándolo a territorios tan abstractos como concretos. En su proyecto buscaban dar cuenta de diversos propósitos artísticos: 1) La creación artística desde una perspectiva colectiva, al “anular los componentes individuales de la obra de arte” (Careri 2013, 78)

mediante paseos en grupo; 2) estudiar la ciudad desde las perspectivas psicogeográfica (con los letristas y situacionistas) y mecánica (el movimiento como herencia del futurismo); 3) abordar la ciudad desde la banalidad y el inconsciente (principalmente los dadaístas y surrealistas), apostando por “la construcción de una acción estética que debía llevarse a cabo en la realidad de la vida cotidiana”, que sería “capaz de sustituir la representación y, por consiguiente, todo el sistema del arte” (58-59).

Con los dadaístas, las “visitas” ponían de manifiesto la banalidad y la desacralización del arte al explorar lugares geográficos comunes; con los surrealistas, y con el psicoanálisis naciente de trasfondo, llegaría la exploración urbana a través de *deambulaciones*, que implicaban paseos “automáticos”, al igual que su escritura (o también “escritura automática en el espacio real”) con el objetivo de perderse y llegar al inconsciente de París: “La deambulación consiste en alcanzar, mediante el andar, un estado de hipnosis, una desorientadora pérdida de control” (68). Después, llegaría la *deriva*, el andar “con un control concreto de los medios y de los comportamientos”, aceptando aún los imprevistos y el azar, pero priorizando la acción en lugar de la ensoñación.

Todo esto fue la continuación, de hecho, de otro gran acontecimiento que comenzó antes, cuando esa mencionada modernidad tocó la puerta de Francia:

El escenario de la primera acción de Dada es precisamente el París moderno, la ciudad por la que, ya desde finales del siglo XIX, vagaba el *flâneur*, aquel personaje efímero que, rebelándose contra la modernidad, perdía el tiempo deleitándose con lo insólito y lo

absurdo en sus vagabundeos por la ciudad. Dada eleva la tradición de la *flânerie* al rango de operación estética (63).

Habrà que notar que para los vanguardistas la modernidad no parecía lo mismo que para otro experto en ella. Baudelaire dijo que “es lo transitorio, lo fugaz, lo contingente, la mitad del arte, cuya otra mitad es lo eterno e inmutable” (2014, 22). Para él es, casi en un sentido literal, el tiempo o la era presente, a la que en su opinión muchos pintores no se ajustaban por ceñirse a modelos de belleza antiguos. Y “para que toda modernidad sea digna de volverse antigüedad, es preciso que se destile la misteriosa belleza que, sin proponérselo, la vida humana deposita en ella” (23). En la belleza también entra el azar.

Así que los vanguardistas, cansados de la modernidad (las máquinas, la tecnología de su presente), un día se precipitaron entre la multitud; descubrieron que ellos mismos eran burgueses y que existían los barrios marginales, hacia donde fueron para asombrarse ante lo “maravilloso cotidiano” que también allí reina.

Y, después de todo, también aquí estamos los internautas, pintores de la vida moderna, acaso también hombres de la multitud que, siendo cada uno “un yo insaciable de *no-yo*” y existiendo a través de la identidad colectiva, nos aferramos a ser, como Baudelaire describía, “el paseante perfecto, el observador apasionado [que] halla un goce inmenso en lo numeroso, en lo ondulante, en el movimiento, en lo fugitivo y en lo infinito” (18). **LPyH**

REFERENCIAS

Baudelaire, Charles. 2014. *El pintor de la vida moderna*. Ciudad de México: Taurus.



Izote

Careri, Francesco. 2013. *Walkscapes. El andar como práctica estética*. Barcelona: Gustavo Gilli.

Poe, Edgar Allan. 1840. “El hombre de la multitud”. Disponible en versión digital: <https://www.elboomeran.com/upload/ficheros/obras/poemultitud.pdf>.

Sarlo, Beatriz. 2005. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Ciudad de México: Siglo XXI.

NOTAS

¹ Lo hace en relación con Richard Hoggart, autor del que extrae algunas de sus propuestas.

² Hablo de “hombres y mujeres” para hablar de

la humanidad hoy, pero es claro que una mujer no podría ser “de la multitud” en la temporalidad de esa narración sin ser, sospechosamente, una prostituta. La historia cambia cuando las mujeres habitan el espacio público, y nocturno además. Por otro lado, aún hay mujeres –principalmente– y hombres de tertulias que tampoco existen si no están en los eventos sociales.

Itzel Bruno es egresada de la Facultad de Letras Españolas (UV). Es correctora de estilo y se dedica al marketing de contenido, la edición de textos y la creación literaria, particularmente en el género ensayo.